

TAREA DE NARRATIVA

LA NIÑA Y LA SEÑORA DE LOS ELOTES
3 EJEMPLOS



MIAMI
AD REDACCIÓN
EDITORIAL
SCHOOL
MEXICO CITY

ORIGINAL

Ocho de la noche a un costado de la Alameda Central. En uno de los puestos de la banqueta de Av. Juárez, un señor de pelo cano y chamarra de piel le compra un elote a su hija de cinco años. Cuando la vendedora, peinada con una trenza y de delantal azul, le entrega el elote a la niña, ella accidentalmente lo suelta, dejándolo caer. El padre se niega a pagar por el alimento. Violentamente se alejan bajo gritos e insultos de la vendedora.

Dos horas más tarde, cuando vuelvo a pasar por el mismo lugar, un grupo de granaderos confisca el puesto de la vendedora de elotes. Suben todo en la parte de carga de una camioneta y cuando ya se alejan comienzan a sacar elotes de la olla de aluminio.

EJERCICIO DE CLASE CORREGIDO

Cómo es posible que ese señor, al que vi en la Alameda de cabello cano y chamarra de piel, le comprara un elote a su hija en ese puesto, una nena que parecía tener unos cinco añitos. Y es que sólo con ver el peinado de trenza y sucio delantal azul, casi negro de mugre de la señora de los elotes, era obvio que no era el lugar ideal para comprar uno. Incluso, que desde que lo preparaba lo hacía de mala gana, cómo haciéndole un favor a la niña, pero que, la pequeña lo saboreaba con su inocencia de no darse cuenta de lo mal encarada que estaba esa señora vendedora. Así pues, antes de que la niña tomara el elote, la señora lo soltó. Lo vi todo como en cámara lenta, el elote caía y como la niña iba abriendo su boca sorprendida, y el elote seguía cayendo poco a poco sin darle oportunidad a la niña de reaccionar. El papá incluso, hizo por agarrar al elote, y también con una expresión en su rostro de sorpresa y asombro, no pudo hacer nada por evitarlo. El elote seguía precipitándose hacia el suelo y la niña cada vez más abría su boca por la incredulidad de que eso le estuviera sucediendo a su elote que ya saboreaba y deseaba probar. Finalmente, el elote golpeó el piso con la punta, rebotó y pegó con otro extremo salpicando de mayonesa y queso los zapatos de la pobre niña. Pero mientras todo esto sucedía, la señora, pintaba cada vez más una complaciente sonrisa en su rostro. Por fin, el elote cayó por completo desparramándose en el piso, y la niña impactada y conmovida, miró al elote con una profunda tristeza, después miró a su padre ya a punto de llorar, una vez más vio al elote, y por último, a la malvada señora, quien sólo se limitó a levantar sus hombros, con una gran sonrisa pintada en su rostro.

REDACCIÓN 1

Había una vez, una señora que todos los días, a las ocho de la noche, montaba su puesto de elotes a un costado de la Alameda Central, justo en la banqueta de Av. Juárez.

Y también, había una vez, un señor de pelo cano y chamarra de piel, que cada tercer compraba un elote a su hija de cinco años en un puesto de una señora que montaba su puesto en punto de las 8 de la noche. Era tan recurrente que ya tenía una amistad con la señora de los elotes, que se saludaban con mucho gusto y hasta la señora ya le tenía listo el mejor elote al gusto de la nena. Que por cierto, el señor a veces llevaba la chamarra de piel y a veces no. Pero eso sí, la vendedora de elotes, siempre usaba el mismo peinado con una trenza y su delantal azul.

Acostumbraban a platicar, sobre sus acontecimientos de cada día, mientras la hija del señor se comía su delicioso elote. Pero en una ocasión, el señor tenía mucha prisa y pasó de rapidito a comprar el elote a su hija. Pero al entrégaselo la señora, accidentalmente lo suelta, dejándolo caer. El padre, molesto se niega a pagárselo y le pide otro, pero la señora se niega a prepararlo si no paga el elote que, culpando a la niña, no sujetó bien. El señor muy molesto por la acusación de la señora, se retira con su hija, dejando atrás los gritos violentos e insultos de la vendedora.

Cuenta la historia, que, dos horas más tarde, un grupo de violentos granaderos fue a confiscar el puesto de la vendedora de elotes, que ya tenía más de 5 años en ese lugar. Entre gritos y jalones, subieron todo en la parte de carga de una camioneta y cuando se alejaban, en son de burla, los ganaderos comenzaron a sacar elotes de la olla de aluminio para despedirse de ella agitándolos.

Al día siguiente de este lamentable suceso, el señor de cabello cano y chamarra de piel, empezó a comprarle los elotes a la señora que todos los días, a las ocho de la noche, montaba su puesto de elotes a un costado de la Alameda Central, justo en la banqueta de Av. Juárez.

REDACCIÓN 2

Mire usted esta historia tan lamentable. En punto de las ocho de la noche a un costado de la Alameda Central. En uno de los puestos de la banqueta de Av. Juárez, hay, o había, una señora que vende, o vendía, unos deliciosos y muy originales, elotes. Los prepara, o preparaba, con diferentes tipos de aderezos, diferentes tipos de chilitos y los entregaba, o entrega, en una hoja de plátano. Incluso, podías, o puedes, pedirlo entero o desgranado. El puesto había sido todo un éxito, o lo sigue siendo, no lo sé. Porque resulta que, un señor de pelo cano y chamarra de piel, que le compraba un elote recurrentemente a su hija de cinco años. Cuando la vendedora, siempre peinada con una trenza y su acostumbrado delantal azul, le entregó el elote a la niña, ella accidentalmente lo soltó, dejándolo caer. Por lo que el padre se negó a pagarlo. Lo que provoco un airado encuentro entre la señora y el señor, de violentos gritos e insultos.

Debido a esto, minutos más tarde, arribó al lugar un grupo de granaderos para confiscar el puesto de la vendedora de elotes. Subieron todo en la parte trasera de la camioneta del H. Ayuntamiento de la que dependía el puesto de la señora. Los elotes de la olla de aluminio, fueron repartidos en la misma dependencia, en la que el señor de cabello cano y chamarra de piel, trabajaba como delegado.

Cómo no he pasado por ese lugar, no sé si la señora pudo retomar su negocio de tan originales elotes, ojalá que sí.

Podrías averiguarlo si te hechas una vuelta por la Alameda central.

REDACCIÓN 3

Usurpadores, malvivientes, infelices; gritaba la señora de trenza y delantal azul, que no paraba de conferir violentos insultos al señor y a su hija. Quienes a toda prisa, se retiraban del lugar. La niña lloraba porque quería su elote mientras era arrastrada por su padre. La jalaba con fuerza para que caminara más aprisa, pero la niña se negaba, quería volver por su elote.

No comprendes que la señora nos ha querido cobrar un elote que tiró al suelo por no tener la precaución de entregártelo como se debe. Tú todavía ni lo sujetabas cuando ella ya lo había soltado, casi, casi, te lo aventó. ¡Señora imprudente!

La niña llorando, gritó a su padre: ¡no me importa, yo quiero mí elote!

El señor se detuvo para reprimir a su hija, y en eso escucharon fuertes rechinidos de llantas. Voltearon, y era una camioneta con granaderos que saltaron de la parte trasera, para ir hacia la señora a confiscar el puesto de elotes.

La señora muy sorprendida, no pudo hacer nada. Estaba impactada por lo que le estaba sucediendo. Los granaderos se fueron con todas sus cosas, y la señora se quedó impávida sin poder moverse.

El señor y la niña se quedaron viendo el uno al otro sin decir palabra, el señor sujetó a la niña en sus brazos para irse del lugar, pero la niña, jaló a su padre para regresar con la señora de los elotes. Cuando estaban frente a ella, la niña le dijo: no se preocupe señora, mi papi la va a ayudar a que vuelva a poner su negocio de elotes. Verdad papi que vas a ayudar a la señora.

El señor conmovido por la bondad de su hija, asintió con la cabeza. La niña abrazó a la señora para consolarla. Y la señora la abrazó llorando muy conmovida.

Flamingo
Alejandro Antiga
Redacción Editorial
Miami AD School